

## RESEÑAS

una respuesta satisfactoria de la *paradoja ficcionalista* que sus propuestas originaron;

7) *Otros asuntos*, examina la importancia de este tipo de artificios ilusionistas a través de dos tipos de actividades aparentemente marginales al arte, a saber: la cuestión del *humor* y la referencia a ciertos valores intrínsecos, incluida la propia creatividad artística, de los que la noción de *vida* ya no puede separarse.

Para concluir tres reflexiones críticas. Según Levinson, la *contemplación artística* exige valorar correctamente la peculiar naturaleza *ficcional* atribuida a los *artificios ilusionistas*, ya se refiera al arte figurativo clásico o al arte no-figurativo posterior. Pero precisamente aquí surge el interrogante: ¿el arte no-figurativo posterior a 1950 no recurrió a otros artificios artísticos aún más básicos, como pudo ser el “aparecer de un resplandor” señalado por Heidegger, sin conformarse con las estrategias figurativas que, según Wittgenstein y Gombrich, caracterizaron el arte clásico? ¿No se podría justificar la distinción entre la obra de arte y el artefacto en virtud de otro tipo de presupuestos existenciales inherentes a este otro tipo de artificios artísticos, como recientemente Paskow ha criticado a Levinson? (cf. Paskow, Alan; *The Paradoxes of Art. A Phenomenological Investigation*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004). Finalmente, ¿se puede seguir hablando de la paradoja del *ficcionalismo artístico* si el arte posterior a 1950 se puede seguir justificando mediante el mismo tipo de artificios ilusionistas que el arte figurativo anterior?

Carlos Ortiz de Landázuri  
Universidad de Navarra  
cortiz@unav.es

LLANO, Alejandro, *En busca de la trascendencia. Encontrar a Dios en el mundo actual*, Ariel, Barcelona, 2007, 165 págs.

El autor de este libro capta el interés del lector desde la primera página: comienza con una letra inquietante de *Siniestro Total* que canta la irrenunciable interrogación humana por el sentido de su existencia. A partir de ahí, Alejandro Llano advierte en el prólogo que la cuestión clave es la esperanza en Dios y en la vida eterna. Añade también —y es lo que otorga mayor interés a su discurso— que, aunque la fe es su clave vital, en el libro se desgranar argumentos exclusivamente racionales.

## RESEÑAS

La exposición de las pruebas que facilita la razón se suceden a lo largo de tres capítulos bien hilados, que discurren de forma entretenida gracias a su conversación con la parte de sí mismo que todos llevamos dentro al adentrarnos en temas complicados y decisivos. Así, las dudas y las posibles objeciones cobran forma de interlocutor bien informado que tiene el importante papel de hacer también visibles las piedras que podemos encontrar en el sendero racional. El lenguaje empleado es sencillo y claro, aunque, dada la complejidad del tema, se hace inevitable que, en alguna ocasión, resulte algo difícil para un lector no entrenado en cuestiones de índole filosófica. Sin embargo, ello no es obstáculo para poder seguir el significado general de la obra.

A lo largo del primer capítulo se plantean temas antropológicos fundamentales como la búsqueda del sentido, la felicidad, el acceso al conocimiento y la verdad, o la naturaleza humana. Estas cuestiones tienen la finalidad de preparar el terreno al segundo capítulo centrado ya en la demostración de la existencia de Dios, revisando principalmente el argumento cosmológico y la aportación y los límites de la ciencia. En el tercer capítulo, a partir de la distinción fundamental entre “evolución creadora” y “creación evolutiva”, el autor ilumina la comprensión de la conciliación entre evolución y creación, y explica el carácter distintivo propiamente humano. Sólo a partir de ahí puede surgir la pregunta sobre la inmortalidad del alma y lo que el ser humano puede esperar. Al final, en el epílogo, Alejandro Llano retoma la importancia de la fe como motor impulsor y potenciador de la inteligencia, pero nunca como sustituto de ésta en el acceso al conocimiento de la existencia de un Ser Supremo.

A lo largo del libro se entrevé en diversos momentos que la articulación de fe y razón está lejos de entenderse como una amalgama interesada para sobrevivir en el enigma de la existencia. La fe no puede ser nunca el comodín de la razón, ni ésta el báculo de la fe. Ambas pertenecen a planos diferentes, pero complementarios, sin que ello suponga el que una sirva para paliar las carencias de la otra. Lo esencial es que la libertad e inteligencia, que hacen al ser humano constitutivamente diferente del resto de los seres, pueden arriesgarse, con el don de la fe y el esfuerzo intelectual, a la aventura de creer en la inmortalidad del alma y la existencia de Dios y encontrar pruebas racionales para hacerlo. Como es lógico, las mismas pruebas racionales no convencen por igual al que tiene fe y al que no la tiene. Ello no resta, sin embargo, el valor a tales argumentos, pues lo mismo ocurre en todos los órdenes. La música, por terminar como el comienzo de este magnífico libro, la entiende y aprecia más

## RESEÑAS

quien ya está familiarizado con las notas musicales y la dificultad de la composición. Del mismo modo, y sin afirmar que otros no la comprendan, esta obra será, sin duda, más disfrutada por quienes ya posean oído trascendental o quieran educarlo.

Beatriz Sierra y Arizmendiarieta  
Universidad de Oviedo  
bsierra@uniovi.es

MONTES SERRANO, Carlos, *Cicerón y la cultura artística del Renacimiento*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, Valladolid, 2006, 176 págs. y 59 ilustraciones.

El presente libro trata de teoría del arte, de estética y de historia de las ideas. Su título recuerda al de Jacob Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia*, y de hecho tiene mucho en común con aquel libro, que tanta importancia llegaría a tener para la naciente historia del arte. Pero a diferencia de Burckhardt, el profesor Montes evita los grandes planteamientos que intentan explicar el fenómeno del Renacimiento italiano a partir de una visión global de la cultura y de la sociedad. Por el contrario, aborda un tema muy puntual: la posible influencia de los tratados de Retórica de Cicerón en los escritos del arte del Renacimiento, y la Gifusión de estas ideas en la cultura clásica durante los dos siglos siguientes.

Como bien narra el autor, la retórica fue el gran arte de la antigüedad romana, muy por encima de la arquitectura o de la escultura. De hecho, es la única manifestación artística que llegó a desarrollar una historia y una literatura propia. El gran artífice de ello fue Cicerón, a través del *Brutus*, *De Inventione*, *Orator* y *De Oratore*, tratados que dejarían una fuerte impronta en Alberti y otros humanistas del *Quattrocento*, tras descubrirse una versión íntegra de estos textos en la catedral de Lodi en 1421.

En los dos primeros capítulos Carlos Montes expone lo que podemos entender como la teoría del arte de la retórica y los cauces de difusión en el primer Renacimiento. De los comentarios de Cicerón, el autor otorga especial importancia al concepto de expresividad. La oratoria debía deleitar, convencer y mover los ánimos de los oyentes, por lo que era imprescindible calibrar los distintos efectos expresivos a lograr con la forma y el contenido del discurso, o a través de los recursos gestuales propios de la declamación en público. Desde sus reflexiones en torno a la expresividad,